

## DE LA HABANA CON AMOR

**Rubén López Rodrigué**

**En** *La Bodeguita del Medio* bebí unos mojitos —la bebida que apuraba Hemingway cuando vivió en La Habana— en la grata compañía de Luis Alfredo Duarte, después de haber amistado en el Segundo Encuentro de Revistas Culturales, realizado en Casa de las Américas, en La Habana, entre el 7 y 9 de febrero del año 2000 (el primer encuentro se hizo en Bogotá), evento que reunió preferiblemente a directores u otros miembros de la dirección de revistas culturales del ámbito iberoamericano. Muchos años atrás, *La Bodeguita del Medio* era visitada por Hemingway para escribir mientras bebía. Caminando por la angosta calle de Obispo de la Habana Vieja pasamos por la acera que daba a la entrada del Hotel Ambos Mundos, donde el escritor norteamericano llenó de letras la habitación 511, en la que escribió su novela *Por quién doblan las campanas*. En ese entonces no había leído casi nada de su obra, salvo uno que otro cuento como “Los asesinos”, y escasamente había paseado por mis ojos su obra más famosa, *El viejo y el mar*.

Existía el museo de Hemingway en la Finca Vigía, a quince kilómetros de La Habana, en el barrio San Francisco de Paula, del cual se afirmaba que albergaba objetos personales del escritor, trofeos de caza, nueve mil libros, quinientos discos de vinilo, los descendientes de los cincuenta y siete gatos que pertenecieron a su cuarta esposa, y su famoso yate *El Pilar*, el barco con el que pescó en compañía de Gregorio Fuentes, el alter ego del Viejo Santiago en *El viejo y el mar*. Luis Alfredo me invitó a la casa donde se hospedaba, a varias cuerdas del Hotel Ambos Mundos, habitada por una pareja de hospitalarios y hablantinosos cubanos, que nos pusieron a degustar un espeso café en una copita casi del tamaño de un dedal. Ya en el Hotel Capri, mi lugar de hospedaje en el centro de la ciudad, prendí el viejo televisor Philips y apareció un Tarzán moderno que se debatía en medio de tiroteos y explosión de dinamita. En otro canal apareció un hombre transformándose en una temible cobra y en otro un chimpancé apadrinando una boda. De modo que me sorprendí con los enlatados en la isla de Cuba, tan enemiga de todo lo que huele a gringo. De nuevo cambié de canal y apareció Fidel Castro saludando a los niños de una escuela.

Los primeros días, bajo el infatigable girasol de fuego, me iba cortando la distancia a la medida de mis pasos (era un trayecto largo, pero había que conocer buena parte de la ciudad mientras mis ojos se plantaban en las techumbres de los viejos palacetes expropiados por la revolución a los ricos) hasta Casa de las Américas, donde se cuestionaba el discurso hegemónico de los monopolios comerciales. En debates con representantes de publicaciones previamente seleccionadas, las mesas o paneles se centraban en temas relacionados con las revistas culturales. El director de una atractiva revista señaló colaboraciones de las mejores plumas de Cuba y América. “Somos medio locos haciendo estos esfuerzos —dijo— pero hay que expandir y ensanchar esta isla”. Luis Alfredo Duarte presentó su magazín cultural *Xicōatl*, un nombre indígena que significa “estrella errante”. Contó que durante los tres primeros años tuvo que financiar la publicación mediante concursos de fotografía artística para fotógrafos latinoamericanos. “En el idioma alemán hay revistas en español. Hay gente receptiva y abierta a lo que sucede en otras culturas. Pero es muy difícil encontrar publicidad para revistas latinoamericanas en Europa. La Casa Cultural Colombiana en Viena tiene *La chiva* y *Barca de papel*,” afirmó.

Un escritor cubano dijo que el dinero no es un factor negativo, por lo tanto había que reculturizar a los profesionales para que entendieran que es necesario para financiar empresas arduas como la de una revista. Guillermo González, director de la revista colombiana *Número*, reiteró aquello de que el camino al infierno está lleno de buenas intenciones y que había que apuntarle al mercadeo y la distribución. La publicidad le daba el setenta por ciento de la financiación. En la revista publicaban separatas financiadas por empresas privadas, pensamiento crítico y creación. *Número* hacía énfasis en Colombia, pero estaba abierta a todas las culturas. Era un esfuerzo muy grande para quedar solo en las manos de doscientos o trescientas personas. En la época de la globalización sostenía la idea de apropiarse de un medio y fijar criterios, por lo cual tenía página en internet.

A propósito del internet, si bien se manifestó que en la pantalla no se leen artículos muy largos, y no se ve muy claro que la red vaya a reemplazar los libros y las revistas, se insistió en no tener una visión satanizada de la

tecnología, ya que es otra herramienta como la imprenta de Gutenberg. Otra preocupación flotaba en la atmósfera: el sino religioso de las revistas latinoamericanas consiste en salir cuando Dios quiere. Prácticamente todas las revistas, excepto *Número*, manifestaron problemas de financiación y de circulación; casi todas eran hechas con las uñas, incluida la revista *Rampa* que yo editaba y dirigía.

En el Encuentro, al que asistimos representantes de revistas de quince países, incluida España (no fue posible que asistieran revistas de habla portuguesa), se insistió además en la investigación y la creación para no publicar banalidades. Ante la crisis de los suplementos literarios, las revistas culturales estaban llamadas a llenar ese vacío de contenidos. La recursividad del cubano, que aprendió a disfrutar de las pequeñas cosas y a gozar de lo poco que tiene, era palpable en *La revista del vigía*, hecha artesanalmente con textos interiores escritos a máquina. Era una revista de Matanzas, esgrafiada e iluminada a mano, con una edición de doscientos ejemplares manufacturados y enumerados.

Terminado el Encuentro, que duró tres días, me quedé una semana más en La Habana para divertirme y dedicarme a observar la vida cotidiana de los cubanos bajo la brasa del sol o al amparo del techo cobijador. En el sector de El Vedado los pobladores se perdían en casas palaciegas de grandes columnas y hermosos dinteles, algunas casi derruidas y otras que ya no resistían el paso del tiempo como si hubieran soportado un huracán, seguramente el de la crisis económica. En las aceras, la sombra de los árboles que servían de paraguas contra el sol tropical me acariciaba al caminar largas distancias, en procura de hacer propietaria a mi memoria de monumentos como la Plaza de la Revolución. Un domingo quise conocerla y le pregunté a un habanero cómo podría llegar al lugar. Se ofreció a llevarme en la parrilla de su bicicleta, pero yo quería caminar, pues por doquier hacían restauraciones de monumentos y edificaciones que se hermoseauaban con una arquitectura sublime. Así son los cubanos: paternalistas, no solo te indican la ubicación del lugar sino que además quieren guiarte en persona. Otro ejemplo que respalda mi afirmación es que esa misma tarde le pedí a otro habanero una mayor precisión sobre la ubicación de la plaza y, después de indicarme con amabilidad la dirección, insistió en que fuera al Coliseo de béisbol, que allí me entretendría toda la tarde viendo el espectáculo. “Pero es que ese deporte no me gusta”, le dije enfáticamente. “Hablas desde afuera, pero otra cosa es vivirlo”, replicó. Y a lo mejor tenía razón.

Por iniciativa de Luis Alfredo conocí la Casa del Tabaco en la Calle de la Rampa. A la entrada estaban los habanos que pararían en las manos de algunos amigos que me habían dirigido una voz de encargo. También lucía una

## ***La Bodeguita del Medio* era visitada a menudo por Hemingway, en La Habana escribió parte importante de su obra**

famosa fotografía de Freud con un puro entre los dedos, vestido negro, leontina y una mirada ceñuda. La foto le fue tomada en 1923 y por supuesto allí, infaltable farsa de la propaganda, no decía que en ese año le diagnosticaron cáncer de mandíbula precisamente a causa del tabaco. También pude apreciar la farmacia francesa con sus frascos en porcelana. En un *paladar* pedí una Kola (la Coca-Cola cubana) y un sánduche. Como en ese momento no tenía la moneda cubana, le pregunté al mesero si podía pagar en dólares y me respondió: “No es solo si puedes, sino que es indispensable pagar en dólares”. Así es para el extranjero en general, a menos que en el negocio se venda en moneda nacional. Un dólar equivalía a veinte pesos cubanos. Cuando fui a ver las danzas folclóricas de Cuba, con la intención de examinar los ritmos afrocubanos, mediando el espectáculo, en una hora viviente al sol, presentaron la banalidad de un desfile de modas con fondos musicales norteamericanos. Daba la sensación de que el país era tentado por el capitalismo, no obstante los cubanos ser solidarios, pues cuando hay problemas tratan por todos los medios de ayudarse unos a otros, lo que no los exime de un sano orgullo.

Con Luis Alfredo Duarte, que también se había quedado unos días más, planteaba qué pasaría cuando Fidel Castro muriese: ¿entrará Cuba en guerra civil?, ¿caerá en los brazos draculescos y siniestros del capitalismo? Lo que sí descartamos es que estallara una contienda civil.

Los habaneros tienen un carácter cosmopolita y parecen llevar la música en cada una de las células de la prisión corporal, hecho que fue palpable cuando estuvimos en un delirante concierto de rock y salsa en el Teatro América. El calor humano y el trato cortés se sienten de inmediato, además de su elevado sentido de la solidaridad. Por dentro llevan un abrigo caliente aunque invisible y tienen que estar hablando como si el silencio los ensordeciera. Al minuto de tratarlos, es como si los conocieras desde mucho tiempo atrás. La sencillez del cubano era un contraste a la soberbia inflada del colombiano; que no quepa ninguna duda: en general somos intolerantes, soberbios y vanidosos. La sensualidad y sobre todo la mirada de las mujeres, con sus ojos echando fuego, las ropas muy ceñidas al cuerpo, por momentos podrían parecer vulgares.

El cubano siente que España es su segunda patria y la guerra de independencia de 1895 más bien parecía una



## La ciudad se había convertido en un mito para el mundo entero

guerra civil, pues se habían liberado de sus abuelos y bisabuelos. Una escritora como Dulce María Loinaz, fallecida dos años antes de mi viaje, estimaba a España como su segunda patria.

Las vallas que decían “Liberen a Elián” fue una demanda que recorrió la isla de un extremo a otro. El reclamo a Estados Unidos por la devolución de Elián González, un niño cubano de seis años, sobreviviente al naufragio de una balsa en el que murieron la madre y el padrastro intentando llegar a Estados Unidos, y retenido en Miami contra la voluntad de su padre y de sus abuelos residentes en una ciudad de Cuba, era considerado en esta tierra caliente como un virtual secuestro por parte del país del Norte.

En extensas caminatas por las calles me sentía envanecido por las sensaciones, regocijado por recorrer la ciudad que se había convertido en un mito para el mundo entero. Dos tipos de piel sobresalían entre las gentes: la morena isleña y la blanca de ojos claros con evidente procedencia española. Solo a fines del siglo XIX se produjo la independencia de España, ya que Cuba era su último reducto americano.

A pesar del bloqueo, del embargo que ahogaba la isla de Cuba, los dólares que le entraban con los elevados precios para el turista (en la Feria del Libro una Coca-Cola valía cinco dólares), se utilizaban en reconstruir trayectos del

malecón horadado por las aguas del mar cuando estas se enfurecían. El turismo era la principal fuente de divisas y superaba a las industrias azucarera y tabacalera. Ciencia y tecnología se imponían y los machetes de los corteros de caña ya no caían violentos sobre los tallos, sino las maquinarias, hecho que aumentaba la productividad (y no sé si los brazos caídos) y la fabricación de ron, azúcar y caramelos. La década de los noventa del siglo pasado fue particularmente difícil, lastrada por el huracán de una crisis económica debido a la desaparición de la Unión Soviética, con la que Cuba mantenía el ochenta y cinco por ciento de sus relaciones comerciales, y al incremento del ciclón del bloqueo económico por parte de Estados Unidos hacia la isla del Caribe. A pesar de semejantes dificultades, no habían desaparecido conquistas sociales como la gratuidad del derecho a la atención médica y la educación.

En la Feria del Libro de la Habana se lanzaron a una misma hora seis libros de poesía (en Cuba hay muchas cabezas plenas de poesía), incluso *Lapislázuli* de José Pérez Olivares, uno de los buenos poetas cubanos de la actualidad, que defendía a Medellín cuando alguien se refería en malos términos a esa ciudad donde trabajó y lo acogió durante varios años: “Allí solo conocí gente buena, generosa”, me dijo, “la mala fama de los habitantes de Medellín se la deben a unos cuantos malhechores”. Así también lo había expresado en conferencias que dio en España. Pepe Olivares me presentó a su editor español, quien manifestó que su sueño era asistir en Medellín al Festival Internacional de Poesía, pero que no lo haría porque lo ametrillarían al bajarse del avión. Es la falsa imagen que han dado de la ciudad en el mundo.



Frente al Parque Central se hallaba majestuoso el Gran Teatro de La Habana, también llamado el García Lorca, de piedra y mármol, con columnas, arcadas, relieves y balcones y cuatro torrecillas coronadas por glorias aladas. Por él pasó, en 1920, el tenor Enrico Caruso. Contiguo al teatro estaba el Hotel Inglaterra, creado en 1856, el más antiguo de Cuba, cuyo Patio Sevillano invitaba a la tertulia y a degustar un café.

En la mayoría de los bares de La Habana Vieja conjuntos de trova cubana tocaban día y noche. Al estilo de las grandes capitales del mundo, se podían encontrar restaurantes abiertos las veinticuatro horas del día. En El Vedado, un policía en cada esquina se ocupaba de reducir al máximo la delincuencia. Al cubano le indigna que le roben a un extranjero (“ellos nos dan la comida”, solían decir) y se encolerizan doblemente si un cubano le roba a otro paisano suyo, aunque fuera una camisa, pues el afectado no podría reponerla con facilidad. Pero si eres turista no te sentirás intimidado por la presencia policíaca, te tratan de la mejor manera y se esfuerzan en darte la información que necesitas.

En El Vedado, las gentes empobrecidas se perdían en las casaquintas y los palacetes, que te hacen imaginar que La Habana debió haber sido una urbe muy hermosa en las décadas del cincuenta y del sesenta del siglo veinte. Se observan, entre las vetustas mansiones de condes y marqueses pintadas por el sol, las imponentes fachadas neoclásicas embellecidas con capital norteamericano. Si La Habana fuera por completo restaurada en sus edificaciones sería una ciudad de ensueño, como un paraíso de cuentos de hadas.

José Martí era divinizado y considerado infalible. “Es el apóstol de nuestra independencia”, me dijo un policía junto a la estatua del héroe en la Plaza de la Revolución. “Él inició la Revolución que terminó de llevar a cabo el comandante Fidel Castro”, añadió. En la cálida compañía de Luis Alfredo pude conocer su posada natal, una modesta casa de dos plantas, al frente de la Estación del Ferrocarril, con cuidanderas en cada una de las habitaciones que a la vez servían de guías. “Bolívar fue héroe de la independencia y político, pero José Martí fue el único que fue héroe patriota y poeta”, nos dijo una de ellas. En la casa-museo pudimos apreciar desde unos guantes de cuero hasta una trenza de cabello.

Hubiera querido compartir más con Luis Alfredo, pero subió a un tren con destino a Santiago con el fin de recorrer desde allí buena parte de Cuba, como evocando su vida de nómada y artesano. De mi parte, como lo hacía en las noches oscuras que se espesan, encima de la paz nocturna del Hotel Capri, donde quedaba a salvo del asedio de la prostitución, prendía el televisor para ver las noticias de CNN y ver qué decían sobre Colombia. El tema era invariable: enfrentamientos entre el ejército y la guerrilla. Ya se sabe que los noticieros de televisión son muy buenos para resaltar lo malo de un país. 📺

---

**Rubén López Rodrigué** (Santa Rosa de Cabal, 1956). Escritor y editor colombiano, con diplomado de la Universidad de Antioquia. Fue fundador y editor de las revistas *OASSYS* y *RAMPA*. Autodidacta del psicoanálisis, es autor de cuatro libros de ensayos: *La concepción freudiana sobre el mundo exterior* (1985), *Momentos del psicoanálisis en Colombia* (1995), *Hacia una estética psicoanalítica* (2000) y *La luciérnaga psicoanalítica* (2000). También es autor del libro de relatos *La estola púrpura* (2009), coautor de *Contra el viento del olvido* (entrevista con William Ospina, 2001), *Feminidades: sacrificio y negociación en los tiempos del derecho* (2010) y el libro de fábulas infantiles *El Carnero Azul*. Es corresponsal de *Archipiélago*.